

The background is a solid teal green. Overlaid on this is a large, stylized white graphic of a sun with radiating lines and several large, pointed leaves. The sun's rays are thick white lines that curve outwards. The leaves are also thick white outlines, some pointing upwards and some downwards, creating a symmetrical, organic pattern.

MARIO JARAMILLO
El hombre gratis

LHG

ensayo

El hombre gratis

COLECCIÓN DE ENSAYO

La Huerta Grande

Mario Jaramillo

EL HOMBRE GRATIS



La
Huerta
Grande
2024

© De los textos: Mario Jaramillo

Madrid, septiembre 2024

EDITA: La Huerta Grande Editorial

Serrano, 6. 28001 Madrid

www.lahuertagrande.com

Reservados todos los derechos de esta edición

ISBN: 978-84-18657-59-7

D. L.: M-13858-2024

Diseño cubierta: Editorial La Huerta Grande según idea original de Tresbien Comunicación

Imprime: Gracel Asociados, C. Valgrande, 15. 28108 Alcobendas, Madrid

Impreso en España/*Printed in Spain*

Sobrevendrá el hombre gratis. Sí: el hombre gratis. Aquel que servirá en su tiempo libre a los intereses ajenos. No se le pagará nada por esas horas de trabajo y los ejércitos de obreros modernos estarán conformados por seres felices que alimentarán las máquinas cibernéticas del futuro. Será una servidumbre a conciencia. La deshumanización programada. No quedarán ya hombres pensantes, esos hombres de equipaje vigoroso.

Marius, El mar de Camus

No siendo nada verdadero ni falso, bueno o malo, la regla consistirá en mostrarse el más eficaz, o sea, el más fuerte. El mundo ya no se dividirá entonces en justos e injustos, sino en amos y esclavos.

Albert Camus, El hombre rebelde

En la Era de la Inteligencia Artificial estamos obligados a definir, con exactitud, un ser humano.

*Edward O. Wilson,
The Origins of Creativity*

ÍNDICE

EL HOMBRE GRATIS

| | |
|-------------------------------|----|
| Introducción: no soy un robot | 11 |
| Ni Smith ni Marx | 19 |
| La nueva esclavitud | 27 |
| Los domadores de máquinas | 33 |
| Náufragos de la realidad | 45 |
| El alambique de la riqueza | 59 |
| La venta de la felicidad | 67 |
| La sociedad frenética | 73 |
| El animal narciso | 77 |
| La sonrisa del vendedor | 81 |
| La deshumanización programada | 85 |
| El tiempo no tiene precio | 91 |

| | |
|--|-----|
| La desmedida del hombre gratis | 99 |
| Los dueños del ocio | 103 |
| Libro de papel | 107 |
| Libro de papel y la famosa inteligencia artificial | 111 |
| La virtud mediterránea | 119 |
| | |
| Bibliografía recomendada | 135 |

INTRODUCCIÓN: NO SOY UN ROBOT

La sabiduría humana existe. Pero resulta imposible transferirla a las máquinas porque nadie conoce los mecanismos de funcionamiento de esa sabiduría. Se trata del patrimonio exclusivo del ser humano que no baja la vista cuando arrecia la impostura.

Las máquinas no tienen el poder de la omnisciencia pues de ella también carecen las personas que las crean. Todos llevamos a cuestas el sambenito de la equivocación. Muchas veces subvaloramos nuestra conducta e inteligencia y terminamos por asumir que las máquinas son superiores al hombre. Es un desliz misterioso, cuya causa desconocemos. Rebajamos nuestro juicio porque se escabulle ante los puntos de comparación. Y entonces se cae en el abismo de la mecanofilia, el amor irredento hacia las máquinas, hacia donde nos lanzamos sin paracaídas.

La ciencia ficción es cada vez más ciencia y menos ficción. La imaginación infinita y admirable de Julio Verne ahora se torna ante nuestros ojos reduci-

da. Lo que antes era un tropiezo contra la realidad ha pasado a ser un ardid de nuestro tiempo. Es como si la revolución digital echara una carrera a la imaginación del hombre en torno a los avances tecnológicos, y la fuera ganando. Sin embargo, aún se halla en la Edad de Piedra. Se encuentra en las primeras fases de su evolución. Aún distamos de alcanzar los niveles de percepción a los que podría llegar y, por tanto, no entendemos su magnificencia real. El científico Edward O. Wilson, que fue profesor de Biología de la Universidad de Harvard, en su libro *The Origins of Creativity*, no se encoge para llamarnos la atención sobre la escasez de nuestra captación: «Percibimos menos de una milésima del uno por ciento de la diversidad de moléculas y ondas energéticas que constantemente pasan a nuestro alrededor y por nuestro interior».

Pero no nos asustemos. Lo peor es que podríamos caer en el pánico, donde terminan los aires de prepotencia que a veces convendrían a los seres humanos. Llegará un día, por ejemplo, en que las contraseñas funcionarán a la primera y no tendremos que recordarlas. O eso espero. El extravío dejaría de ser remordimiento locuaz. También llegaremos a entender la trampa de las tarjetas de fidelización, cuyo único propósito es atiborrarse de nuestros datos personales y luego negociar con ellos. Todo gratis, por supuesto. Entenderemos, para citar un caso más, que, cuando rellenamos una encuesta, después de que una máquina nos dice «No tardará sino unos minutos», se ha cometido un fraude con nuestro tiempo. Alguien creó una desequilibrada moneda de cambio y usted

no debe saberlo, mientras exhale cierto tufillo de conformidad.

Si multiplicamos esos pocos minutos de cada uno de los millones y millones de clientes en el mundo, las empresas tendrán un cúmulo precioso de información solo a cambio de nuestra ingenuidad. El hombre gratis no suele tener consciencia de su función económica al servicio de las empresas del siglo XXI. Estas quieren ganar dinero. De eso se trata. Sí. Y también quieren saber quiénes somos para ganar más dinero. Al final, el resultado es el mismo: dinero, pero multiplicado. El lucro, la riqueza, el tener sobre el saber. El séquito se ríe mientras tanto.

La variedad de expresiones que hay para definir la actual realidad es múltiple: revolución informática, revolución digital, revolución cibernética, revolución de las comunicaciones, revolución tecnológica o incluso, peyorativamente, revolución de la idiotez. Podemos tomar cualquiera de ellas, según nuestro gusto particular, pero todas son al fin y al cabo una revolución.

La confusión es signo de nuestro tiempo. Y la desconfianza, su manifiesto. La gente ha dejado de creer. La humanidad no encuentra referentes de donde asirse mientras naufraga. No cree en los medios de comunicación, no cree en el periodismo independiente, no cree en los líderes, no cree en los partidos políticos, no cree en la justicia, no cree en la ley, no cree en los sindicatos, no cree en los gremios económicos, no cree en los sacerdotes, no cree en los gobiernos. No cree sino en aquello que satis-

faga su individualismo funcional. Y cuando piensa que actúa dentro de las inclinaciones grupales que marcan la revolución digital, en realidad solo hace un aporte a la imbecilización social, como apunta el filósofo Fernando Savater.

Estamos a la deriva. Somos náufragos de la realidad a la espera de una mano tendida que nos rescate de la confusión. La geometría del aturdimiento no permite bracear y parece que hemos dejado de comprender el mundo. Hay algo que no encaja.

La realidad histórica admite infinitud de interpretaciones. Pero la única cierta es la que nos corresponde vivir. Habitamos el siglo del amor hacia la máquina. El siglo de la mecanofilia donde las multitudes transportan el Caballo de Troya. Acierta el filósofo José Ortega y Gasset cuando afirma, en *La rebelión de las masas*, que «los ritos más absurdos atraen la adhesión de las masas». La veneración por la máquina es el rito de amor de nuestro tiempo.

Contiene, por tanto, ese trato superlativo por las cosas que impregna el pragmatismo. Lo vital no es agradar a la mente sino saciar el cuerpo. No hay cupo para el escepticismo porque no hay cupo para la duda. El hombre queda así orgánicamente satisfecho porque rehúsa o ignora que el verdadero alimento está en la aspiración espiritual, en la invención del alma. Ese alimento está casi siempre oculto, no se deja observar y resulta imprescindible la tarea, casi arqueológica, de des-ocultarlo. Como Goethe, deberíamos decir: «Yo me declaro del linaje de esos que de lo oscuro hacia lo claro aspiran».

Pero las cosas no son dueñas de la vida del hombre actual. Los auténticos dueños son los que están detrás de las cosas. Los mismos que se aseguran de que la producción será comprada y las cosas vendidas. Los que se hacen millonarios —y cada vez más— a costa de que, sin notarlos, trabajemos para ellos, les dediquemos nuestro tiempo y les ahorremos costos en salarios por reemplazar empleados cuyas funciones ahora llevamos a cabo.

¿Cómo se enriquecen las grandes empresas a través de la revolución digital? De varias maneras, pero una de las principales es con la información de sus clientes. Cuando millones de seres humanos aportamos información, creamos un valor negociable. La información personal, a través de potentes máquinas, se convierte en muchísimos datos, que configuran el llamado *big data*, cuyo funcionamiento se realiza a través de mecanismos de retroalimentación. Es el alimento que los humanos proporcionamos gratuitamente a los algoritmos. Es una herramienta de poder y de manipulación. Pocos imaginan lo que supone en ganancias para las empresas cuando damos un clic a “Aceptar”. Esta palabrita mágica pone en marcha miles de algoritmos que tomarán la información del usuario o internauta para redoblar la oferta de bienes y servicios según el perfil detectado de manera completamente gratuita. Solo queda el recuerdo de lo que no debíamos haber hecho.

Los tecnólogos —se ha dicho— no descubren porque saben, sino saben y por eso descubren. Con ello, día a día, maximizan el funcionamiento de las

máquinas, aportan innovaciones a la inteligencia artificial y, sobre todo, descubren formas de ahorro para las empresas donde trabajan. Una de sus funciones es reducir costes laborales a costa de los clientes. Si un capitalista puede recortar gastos de personal mediante la transferencia de trabajo a sus clientes, lo hará sin titubear un segundo. Él sabe cómo tender la mano.

El hombre satisfecho no conoce más porque está desespiritualizado. Al tiempo, es víctima de una avalancha inesperada, en la que solo aspira a sacar la cabeza y tomar aire. Es la sensación de alivio que lo inunda cuando consigue realizar correctamente una operación en línea. Pericles afirmaba que los fuertes de espíritu eran aquellos que reconocían con toda exactitud lo horrible y lo agradable. Se ha perdido el sentido de la aversión hacia lo ignoto. Deberíamos recuperarlo para saber si lo que hacemos nos dañará o no, como manifiesta Hobbes. Y tenía razón Voltaire, en su *Tratado de la tolerancia*, donde escribió: «Os he dado brazos para cultivar la tierra y un pequeño fulgor de razón para conducirlos; he puesto en vuestros corazones un germen de compasión para que os ayudéis mutuamente a soportar la vida. No ahoguéis ese germen; no lo corrompáis».

La revolución digital puede verse tan monstruosamente como queramos. Pero también podemos ver su lado más bondadoso, como las cientos de aplicaciones de las que nos beneficiamos a menudo. En este ensayo, donde advierto que no soy un robot, hemos lanzado la moneda al aire y ha caído de canto. Podemos confrontar las dos caras sin problema alguno. En

este ensayo, donde “unas son de cal y otras de arena”, nos hemos sumergido en el universo finito del tiempo donde el hombre actual, a veces sin consciencia y a veces con su consentimiento, es sumisión ante los halagos de la tecnología. Un ímpetu en el que deberíamos salvar nuestra reputación de personas.